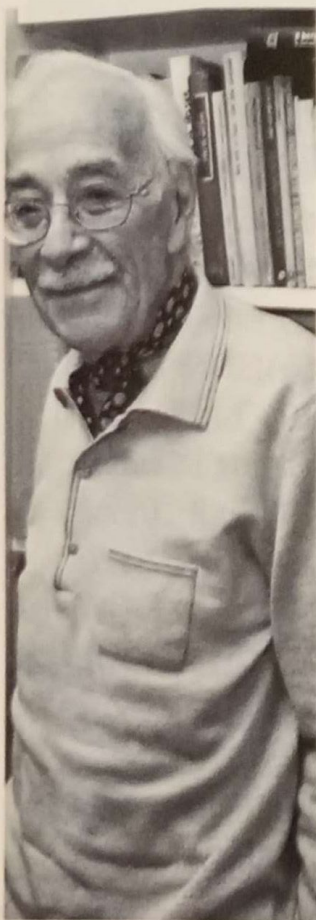


Arturo Peña Lillo, polemista, escritor, editor y figura clave del pensamiento na

# “La Argentina tendría tener una Ley del

**ARTURO PEÑA LILLO** ha publicado más de 400 títulos. Fue declarado Personalidad destacada de la cultura de la Ciudad de Buenos Aires.



**L**a gran oposición que tiene la historia y todos los historiadores es Bartolomé Mitre y, con él, *La Nación*. Homero Manzi, que inició políticamente a (Arturo) Jauretche, fue quien señaló que Bartolomé Mitre había tenido el respaldo ideológico permanente de un diario como *La Nación*. La gran polémica entonces es Mitre. Alrededor de Jauretche no sólo estaba Manzi: había un círculo de jóvenes que lo admiraban, por ejemplo (Rodolfo) Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Rodolfo Puiggrós, (Juan José) Hernández Arregui, y una cantidad de jóvenes siempre alertas a las grandes conferencias que daba Jauretche en las mesas de café. Era tan atractivo su discurso que a veces era más brillante hablando que escribiendo. Lo mismo pasaba con (Abelardo) Ramos y ellos se admiraban mutuamente”, afirma Peña Lillo, desde su casa en Ituzaingó.

—Usted era amigo de todos ellos, algunos considerados leyendas. ¿Puede contar alguna anécdota que los pinte de carne y hueso?

—En este momento hablamos de ellos como si fueran monumentos, pero yo estuve con ellos en una rutina en la que a veces los mandaba al diablo. Con Ramos, ¡Dios me libre! Pero yo siempre tuve un gran respeto por la inteligencia. A veces podía renunciar a mi ego en función del reconocimiento de la inteligencia porque leer a Ramos daba gusto. Me acuerdo de la primera edición de *Revolución y contrarrevolución*: lo leí con mi mujer en la cama como si fuera *Los tres mosqueteros*. Por ejemplo, cuando narra la década del '30, la descripción que hace de la pobreza, de los marginales, cómo describe un balcón modesto y pobre lleno de flores

A los 90 años sigue dando pelea. Crítico de la industria editorial actual, rescata a Jauretche, Ramos y Scalabrini Ortiz.

en una maceta hecha por el envase del aceite Ricoltore. Esa descripción es muy buena.

—Ramos fue uno de los autores destacados del pensamiento nacional. ¿Cómo nació esa ideología, en la que usted tuvo mucho que ver?

—El pensamiento nacional surge justamente a través de una situación crítica, que es la caída de Perón. Al ocurrir esta, los intelectuales que jamás habían tenido mayor relieve durante el gobierno de aquél, se vieron en la necesidad de explicar qué había sido el peronismo. Porque hasta ese momento muchos lo consideraban una leva de grasitas que venían a la Plaza de Mayo. El diputado radical (Ernesto) Sanmartino habló de “aluvión zoológico”. Entonces aparecen nombres como Jauretche y Ramos explicando lo que era el sentir nacional, esclareciendo lo que ocurrió del 17 de octubre en adelante. Jauretche había escrito un libro muy importante luego de la caída del gobierno de Perón: *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje*. Después de sacarlo, se tuvo que exiliar y lo hizo radicándose en Uruguay. Y en esa soledad del exilio escribió un libro hermoso: *Los profetas del odio*, que lo mandó para acá, se agotó y se hicieron varias

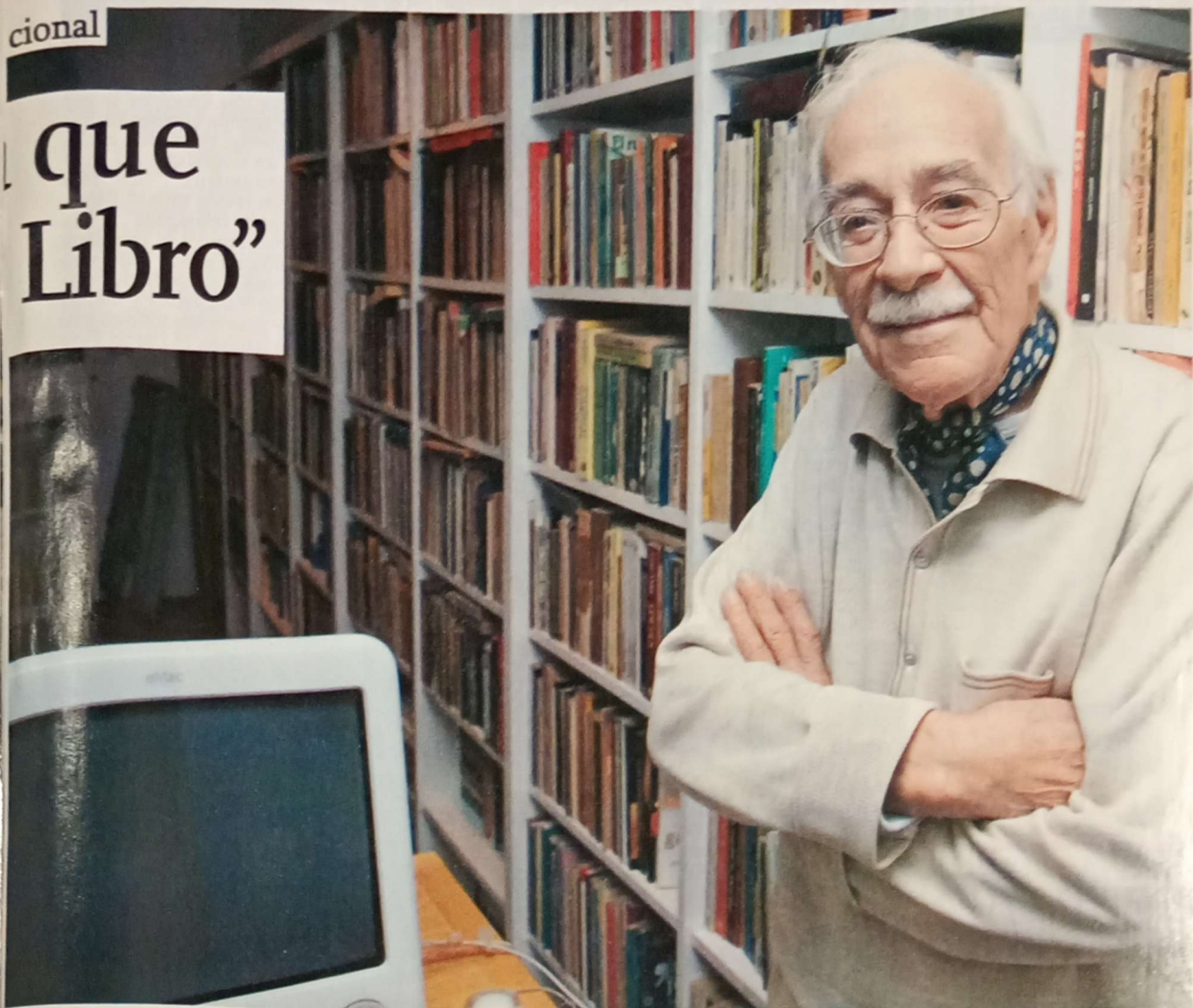
ediciones. Cuando en determinado momento se dieron las condiciones para que volviera del exilio, regresó y en el Instituto Juan Manuel de Rosas dio una conferencia muy importante titulada “Revisionismo histórico y la política nacional”. Allí explica cuál es la función de la historia, es decir, cómo a veces la política aprisiona a la historia, y cómo esta es prisionera de la política, porque se hace la historia para favorecer una política determinada. Asistí a esa conferencia. A Jauretche lo conocía desde antes que se exiliara porque me lo había presentado un amigo en común, Ernesto Palacio, a quien le había editado *La historia argentina*, libro que me había abierto las puertas de lo nacional. A Jauretche le pedí el discurso de la conferencia que dio y lo edité como libro, que luego tuvo una repercusión muy importante, sobre todo en la juventud universitaria, que fueron los verdaderos lectores de mi editorial por entonces. Años después se sumaron como lectores hombres de negocios, abogados y algunos políticos. Tal es así que llegó un momento en que era difícil que un gobernante no me conociera a través de los libros. Un ejemplo de esto es lo que ocurrió en una de las últimas Ferias del Libro, en la que Cristina Kirchner se enteró que yo estaba allí y de que me iban a dar un premio, y empezó a recordar que ella había comenzado a educarse políticamente con los libros de la editorial. Volviendo a la publicación de la conferencia de Jauretche, después de aquella todos los intelectuales del pensamiento nacional se me acercaron y publicaron luego en la editorial.

—¿Ellos ya eran conocidos o empezaron a ser conocidos



cional

# que Libro"



gracias a la editorial?

—No, empezamos a conocernos allí. En un momento edité *Revolución y contrarrevolución*, de Ramos, y entré en el negocio de la edición y distribución. Y de ahí en más se acercó Hernández Arregui, con su primer libro importante, *Imperialismo y cultura*. Como Hernández Arregui era muy depresivo, Ramos lo alentaba para que escribiera libros, porque había momentos en que aflojaba. Y bueno, así se fue consolidando la editorial, en la que procuré que tuviera una línea coherente y no salir a publicar libros que no fueran propiamente de un interés nacional.

—¿Cómo era Raúl Scalabrini Ortiz, para muchos hoy sólo el nombre de una avenida?

—Siendo muy amigo de él, le edité un solo libro. Era un hombre con unas carencias muy grandes porque nunca fue funcional. Se dedicaba a leer, a estudiar y a escribir. Pero nunca en la Argentina —salvo si se trata de autores muy leídos, que tengan muchos libros escritos y que se vendan bien— se ha podido vivir del libro. Los derechos no son pocos pero las ventas no son de la dimensión de un país con un gran público lector. En Estados Unidos, un hombre que llega a tener éxito cuenta por millones la cantidad de sus lectores. Mientras que acá, si usted es un escritor de éxito, apenas vende cuatro mil ejemplares. Y eso no hace una economía, no lo puede mantener. Por lo tanto, la mayoría de los escrito-

res tuvo que buscar otros recursos para sobrevivir. Y eso le pasaba a Scalabrini Ortiz. Un día se tropezó con uno de los primeros editores que tuvo, que le dijo: "Petiso, escribí un libro que yo te pago los derechos". Y fue así como en un mes escribió *El hombre que está solo y espera*. Otros libros que escribió, *Política británica en el Río de la Plata* y *La historia de los ferrocarriles argentinos*, recién se vendieron mucho después de que muriera. Pero en la época en la que pasaba penurias económicas, ni siquiera se los comentaba en los diarios, porque los libros que hablaban de "imperio" eran resistidos.

—¿Cómo recuerda su trabajo de editor del pensamiento nacional durante la dictadura?

—Después del golpe del '76



# "La Argentina tendría que tener una Ley del Libro"

se produjo un vaciamiento cultural tremendo, porque el Proceso determinaba que si usted iba con un libro por la calle era un subversivo, y se hacía pasible de un fusilamiento ahí nomás. De modo que desaparecieron los libros. Por muchos que se exhibían, a los libreros o les rompían la vidriera o les incendiaban la librería. Entonces, ya no me recibían ningún libro. Por ejemplo, me han devuelto el libro de José María Rosa *Las guerras del Paraguay y las montoneras argentinas*. Con leer nada más "montoneras" se agarraban de los pelos. Por eso, si quería seguir, hubiera tenido que editar tonterías, cosas completamente banales y no estaba dispuesto a eso. Encima, un día me llamó un periodista muy importante del diario *La Nación* y me dijo: "Arturo, venga para acá que vamos a charlar". Entonces fui a *La Nación* y me contó: "Suárez Mason estuvo esta madrugada en un departamento en el que había una cantidad importante de jóvenes leyendo y discutiendo libros en su mayoría editados por vos. De modo que tené cuidado". No cerré la librería pero se la dejé a los empleados, que sacaron algunos libros no comprometidos. En el '82, entonces, aproveché para lanzar una revista, *Quehacer nacional*, que sacó un artículo de un muchacho que tenía muy buena información sobre el tema Malvinas, y que denunció la posible invasión a las islas antes de que se produjera.

—Usted relató que para acceder al mundo editorial, como no había podido terminar la secundaria debido a razones económicas, en 1939 se vistió con carteles llenos de pensamientos, se puso un sobretodo, salió a la calle y se lo sacó frente al diario *Crítica* para llamar la atención. Y logró así conseguir un trabajo en los talleres de la revista *Radiolandia*. ¿Qué decían esos carteles? ¿Cómo fue?

—Era propio de una época petardista: los escritores y los intelectuales trataban de llamar la atención porque los medios de comunicación eran muy opacos. Entonces, muchos autores se subían a un columpio de los circos, daban discursos y leían pequeños

pensamientos suyos. Hubo escritores que alquilaban un carruaje fúnebre y se ponían a manejarlo para hacer publicidad de sus libros. Esto era muy común en aquella época. Estaba por ejemplo Omar Vignole, que era un veterinario que había sido sacerdote pero después lo echaron de la Iglesia porque una chica muy linda le pidió una frase religiosa, y él le dijo que le iba a dar otra cosa. Y él salía con una vaca y daba conferencias en las cuales le hablaba al animal y la gente se le reunía alrededor. Entonces, yo escribí varios pensamientos en unos trapos y me los coloqué. Por ejemplo, uno era "Ríete de mi dolor que la comicidad es la tragedia patas arriba", por cómo me veía. Otro decía: "Un sin trabajo". Tenga en cuenta

que era una época en la que iba asomando el maquinismo. Justamente, en alusión a ello, tenía un slogan que era "Cierre automático". En esos tiempos recién salía el llamado "cierre relámpago". Y me llevaron preso a la comisaría 2ª de San Telmo. Todo esto repercutió en dos diarios chicos —*La Vanguardia* y *Ultima Hora*— pero sobre todo en uno que se llamaba *El Diario*. Pero en realidad lo había hecho con la intención de que me dieran un laburo relacionado con la actividad periodística o publicitaria: por eso me puse los carteles frente a la redacción de *Crítica*, pero no se dio por aludido. Yo me fui a *Radiolandia*, para conseguirse publicidad, me dio un trabajo en la imprenta del semanario. Tiempo después hice una

---

**"EN LA ÚLTIMA FERIA DEL LIBRO, LA PRESIDENTA SE ENTERÓ DE QUE YO ESTABA ALLÍ Y QUE ME IBAN A DAR UN PREMIO Y RECORDÓ QUE ELLA EMPEZÓ A EDUCARSE EN POLÍTICA CON LOS LIBROS DE MI EDITORIAL."**

---





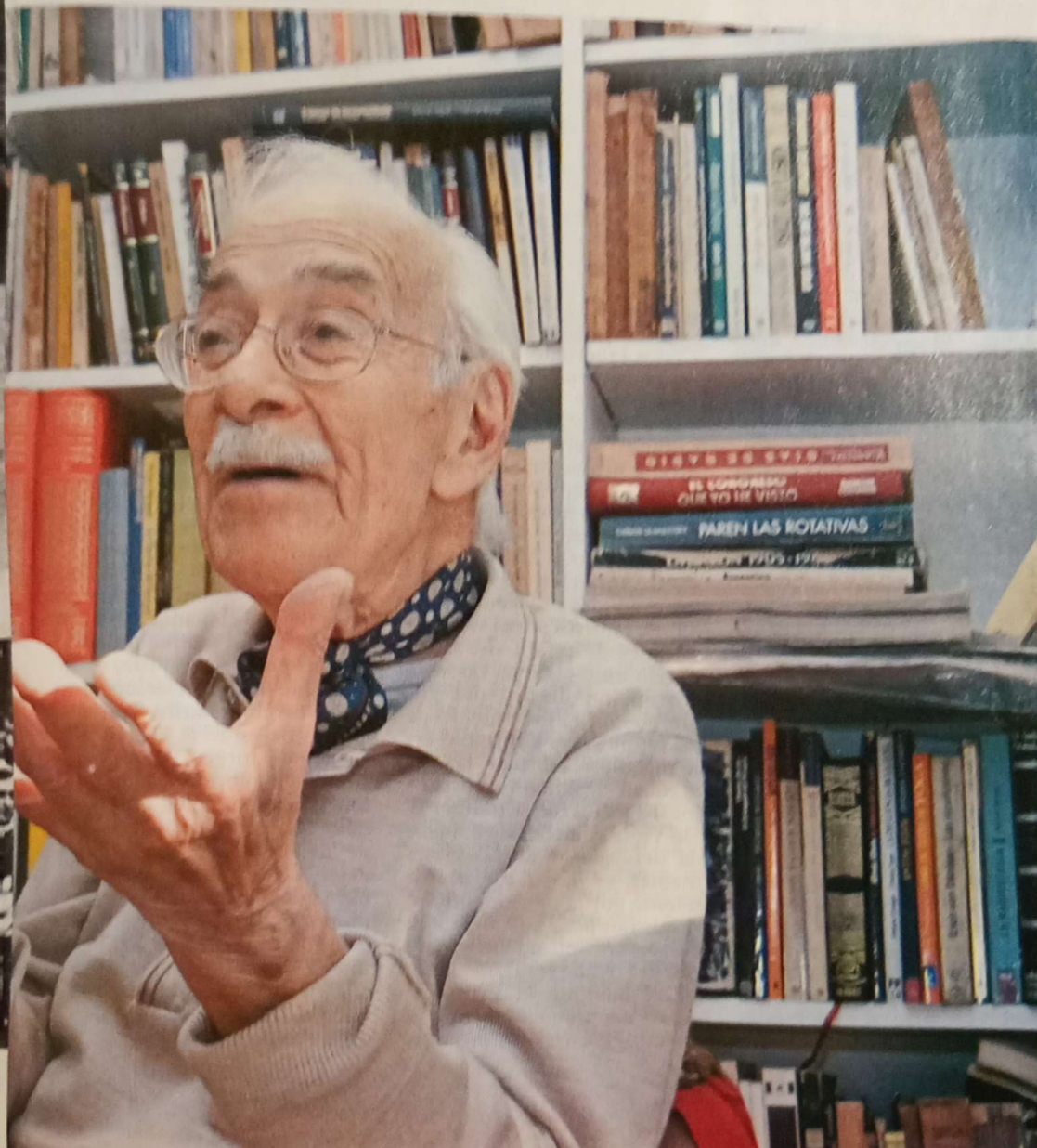
huelga como delegada y por eso me echaron.

Además de editar, también escribió dos libros: *El encantador de serpientes*, que se agotó, y *Memoria de papel*, que trataba sobre "los tíos" de los autores que ha frecuentado.

Si, *El encantador de serpientes* (1964) fue una crítica al sentido de las editoriales de entonces. Se agotó porque no había mucha bibliografía sobre el trabajo de edición y años más tarde, además, abrieron en Filosofía y Letras un curso para formar editores. Entonces los estudiantes lo pedían. En ese momento había una crítica al libro importado de España, a la presión que hacen las editoriales de allá para que no tuviéramos una buena infraestructura comercial del libro. Ellos, en cambio, tienen sus leyes y apoyan sus libros: tienen un ministerio para hacer libros y cualquier editorial española

es un empujón. Y acá nunca se pudo lograr. ¿Por qué? Porque cada vez que usted iba a ver al secretario de Cultura argentino, resulta que estaba con un funcionario español diciéndole, porque este no quería que funcionara ninguna Ley del Libro en la Argentina. Y así fue. He tenido participación en muchos proyectos de Ley del Libro. En el '73, cuando vino Perón, alcanzamos a terminar un proyecto y lo alcanzó a firmar el presidente que dejaba el poder, que era Lanusse, pero luego no se legisló, pese a que lo dejó firmado en su escritorio. Y fue uno de los proyectos de Ley del Libro fundamentales que luego copió Colombia, país que tiene una ley y una industria editorial muy buenas. Es decir, Colombia logró llevar adelante ese proyecto argentino y la Argentina no: fue a los cajones de los diputados. El otro día estuve conversando con

el diputado (Jorge) Cerezo y creo que él va a intentar este asunto y de una vez por todas despertar cierta conciencia en la parte gubernativa, porque todo presidente en la inauguración de la Feria del Libro siempre menciona que se van a ocupar de la Ley del Libro, pero no dejan el estrado y creen que incluso luego le crean un impuesto al papel. Nosotros tendríamos que tener esa ley como forma de proteger al libro argentino. Porque acá las editoriales extranjeras tienen el campo libre, e incluso ideológicamente son las que están volcando —sobre todo en las asociaciones de estudiantes, en el colegio, y en la universidad— textos hechos por estas empresas extranjeras. Uno puede tener cierto sentido de libertad de comercio pero no de que le pisoteen la industria local: es deplorable. La hegemonía que tiene hoy la editorial extranjera acá es asombrosa. ■



“UNO PUEDE  
TENER CIERTO  
SENTIDO DE LA  
LIBERTAD DE  
COMERCIO PERO  
NO DE QUE LE  
PISOTEEN LA  
INDUSTRIA  
LOCAL: ES  
DEPLORABLE. LA  
HEGEMONÍA QUE  
TIENE HOY LA  
EDITORIAL  
EXTRANJERA  
ACÁ ES  
ASOMBROSA.”